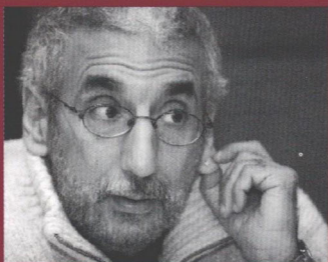


Peronistas, populistas y plebeyos

Crónicas de cultura y política



Pablo Alabarces



Pablo Alabarces es Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires, Magister en Sociología de la Cultura del IDAES-Universidad Nacional de San Martín, y Doctor en Sociología por la University of Brighton, Inglaterra. Es Profesor Titular de Cultura Popular de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, en la que dirigió su Doctorado entre 2004 y 2010, e Investigador Principal del CONICET. Ha sido Profesor Visitante en diversas universidades en la Argentina y en el exterior (en Brasil, México, Colombia, Uruguay y Gran Bretaña). Considerado como uno de los fundadores de la sociología del deporte en América Latina, entre sus libros se cuentan *Fútbol y Patria* (2002) e *Hinchadas* (2005), ambos en esta misma editorial; *Resistencias y mediaciones* (2008) y *678. La creación de otra realidad* (2010), este último en colaboración con María Julia Oliván. Su especialidad son las culturas populares y el análisis de la cultura contemporánea, y escribió una columna quincenal para el diario *Crítica de la Argentina*, de Buenos Aires, entre 2008 y 2010.

Índice

Prólogo: Para terminar de una vez por todas con <i>lagente</i>	13
LA CULTURA Y SUS ALREDEDORES	21
Cómo hacen los (norte)americanos para entender América Latina	23
Pensar Cromañón	33
La desaparición de los dinosaurios	37
Del Colón a la muerte rockera	41
Luis Almirante Spinetta	45
Carballo, Cromañón y la venganza de clase	49
Piazzolla, Fischerman y Gilbert, y mi tío Tito	53
Páez, Arjona, Aliverti... y para colmo Sirvén	57
Las leyes y las voces	61
La ley y la voz: defensa de la protesta	65
Transgresores televisados	69
Ay, Marcelo	71
¿Hay vida fuera de la televisión?	75
¿Qué talento?	79
Del fútbol a los Pells	83
Escenas de la vida burguesa	85
El <i>Oscár</i> : narcisismo y estética	89
25 años de Cultura Popular en democracia: con decir culo no alcanza	93
678: el peronismo, los medios y la izquierda criolla	97
Gitanos y bombachas	103
ESCENAS DE LA VIDA DEPORTIVA (VIOLENTOLÓGICAS Y MARADONIANAS)	125
Fútbol y literatura(s) en América Latina	127
Irresponsables, hipócritas, guitarreros, paranoicos	137
¿Hay vida después de River-Boca?	141
El verso de la pasión o las razones del corazón	145

La pelota no dobla	149
Mundiales: una cuestión de creencias, facturación y un poco de racismo	155
Psicóticos: entre el Bicentenario y el Mundial	159
Torneos, Grondona y la democratización del fútbol	163
Negros, putos, bolitas y judíos	167
La violencia farsesca	173
Noooooo, no tenés aguante	177
Hasta el próximo muerto	179
El fútbol y la muerte invisible	183
El próximo muerto, el anterior, todos: in memóriam Emanuel Álvarez	185
Señorita, ese nene es barrabrava	189
Maradonologías	193
La culpa es de Agulla	197
Maradona, Yayo y Cooke	199
Maradona, el peronismo y el “reflejo” de la sociedad	203
LO QUE MATA ES LA SEGURIDAD	207
Lo que mata es la seguridad	209
El muro, la zanja y la conquista del desierto	213
La juventud es un problema de tránsito	217
Macri y el Fino Palacios: lo que viene, lo que vino	221
Vivir con miedo	225
Éramos muchos y llegó Tinelli	229
La culpa y el chanco	231
Yuta, yuta, yuta	233
Narco y abortista	237
PERONISTAS, POPULISTAS Y PLEBEYOS	241
Libros y alpargatas: ¿Me puedes explicar qué es eso del peronismo?	243
Evita me ama, el general me mima	253
Las vírgenes suicidas	255
Por algo le dicen bonapartismo	257
Obama, los libros y las alpargatas	261
La Patria, Carolina y el guiso de lentejas	265
Tanto macho suelto	269
Un pancho y una coca	273

Intelectuales, primera entrada	277
Intelectuales, segunda entrada (in memóriam Nicolás Casullo) ...	281
Los intelectuales, el estado y las fantasías de Fontevécchia: se va la tercera	285
El fordismo (in memóriam Aníbal Ford)	287
La tecla populista, entre otras yerbas	291
El mito Sebrelí	293
El progresismo y sus límites	297
Universitarias	301
El salario docente y la señorita Mirtha	305
La señorita Mirtha sigue enojada (y va para rato)	309
El juicio del siglo: el fracaso de los dirigentes	313
El sentido de los rituales	317
El espejo de <i>lagente</i>	319
Si este no era el pueblo	323
Muerte de un presidente	325
Agradecimientos	333

Prólogo

Para terminar de una vez por todas con *lagente*

1. Este libro quiere ser una experiencia de lenguajes: fue tomando forma a medida que sus fragmentos se escribían, tratando de cubrir un mapa de preocupaciones, de intereses y de discusiones. En medio de los debates sobre el rol de los medios de comunicación en la Argentina, de la participación de los intelectuales en la discusión pública, de las nuevas formas que ha tomado el peronismo –a esta altura, un dato ineludible de la política, la cultura y la vida cotidiana argentina–, estos textos fueron pensados como una forma de intervención en esas discusiones. Una intervención de masas, aunque masas signifique aquí –¿solamente?– los públicos alcanzados por la prensa gráfica. Entre el peronismo y la cultura de masas, pasando por los intelectuales, el cine, la música popular, el *tinellismo*, la violencia urbana, el deporte; es decir, los temas que han sido objeto de mi trabajo en veinticinco años de desempeño como investigador *académico*. Pero estructurados por esa elección de públicos: un libro sin aparato crítico, sin notas al pie –o muy pocas–, donde el acento está puesto en los argumentos antes que en la regulación científica. Un libro donde se discuten temas fuertes de la cultura argentina contemporánea a la vez que se reflexiona, en el mismo movimiento de su escritura, sobre los modos de participación de los académicos en la escena pública y mediática.

2. La mayor parte de los artículos que forman este libro fueron escritos a lo largo de los últimos siete años, entre finales de 2003 y mediados de 2010, y publicados, en su versión original, en distintos medios periódicos. El más antiguo es el dedicado a la discriminación y el racismo en el fútbol, publicado en la revista *Debate* en un lejano 2003; el más reciente es uno de los textos dedicados a Maradona, publicado luego

del Mundial de 2010 en la revista *Contraeditorial*. Hay varios artículos inéditos; otros, escritos especialmente para esta ocasión, en los primeros meses de 2011. En algunos pocos casos, se trata de colaboraciones originalmente publicadas en medios extranjeros, que no han circulado en la Argentina. Los diarios y revistas en los que la mayoría de los textos vieron su primera versión son muy variados: los diarios *Clarín*, *La Nación*, *Miradas al Sur* y muy especialmente *Crítica de la Argentina*; las revistas *Ñ*, *Viva*, *Contraeditorial*, *Debate*, *Caras y Caretas*, entre las locales; *PRL* (*Primera Revista Latinoamericana de Libros*), editada en Nueva York, entre las internacionales.

3. Como se relata en uno de los textos, el periodismo fue para mí una vocación juvenil que nunca encontró su espacio: no había carreras universitarias en el área porteña, La Plata quedaba muy lejos, los pocos y pobres institutos terciarios no eran una opción. Estudiar Letras era uno de los caminos posibles, que muchos colegas que hoy son periodistas reconocidos (o no) transitaron con hidalguía. En mi caso, ese pasaje no se produjo: las letras me condujeron a la docencia universitaria y luego a la investigación, y luego, por azares largos de explicar, a la sociología de la cultura (y el deporte como uno de sus capítulos). Me volví un académico, si esa palabra designa con alguna precisión a los que vivimos de la Universidad o del CONICET, o de ambos. Los norteamericanos usan la palabra *scholar*, que reenvía la significación a lo educativo: soy un orgulloso docente con casi veintiseis años en la Universidad de Buenos Aires —y de esto también se habla en este libro. Como profesor y como investigador, me rigen sus salarios deficientes, sus condiciones de trabajo azarosas y, también, un régimen de legitimidad que pasa por la evaluación y control de las instituciones y los colegas, pero no por las cifras de venta de los libros o las apariciones televisivas. Y además, como una consecuencia de los veintisiete años de democracia, la independencia y autonomía de nuestro trabajo: el pago de nuestros salarios y nuestra estabilidad no dependen de los caprichos o los intereses políticos, sino de un adecuado cumplimiento de nuestras tareas.

Esto no significa un cuadro idílico: todavía falta un trabajo específico que analice las condiciones de producción del trabajo universitario y

científico, las complicaciones derivadas de las políticas sucesivas –ni hablar de lo que significó sobrevivir durante el menemismo–, los juegos de poder que se mueven en la academia. Pero sí insistir, como se recuerda en uno de los artículos de este libro, en la fenomenal independencia que eso significa para el trabajo intelectual y para la intervención en el debate público y mediático: nadie nos paga para que digamos que Fulano es lindo o que Mengana es odiosa, sino para que seamos rigurosos, sistemáticos, actualizados, suficientemente inteligentes. Con sueldos que en los últimos años nos evitan la sobrecarga del pluriempleo –aunque aún lejanos de lo suficiente y necesario–, solo le podemos echar la culpa de nuestros titubeos a nuestra ignorancia o a nuestra cobardía.

4. Esa vieja tentación periodística encontró cauce en 1986, cuando Eduardo Romano me invitó a escribir reseñas bibliográficas en el desaparecido diario *Tiempo Argentino*. El diario cerró al poco tiempo: fue la primera clausura de mi *carrera periodística*. En 1998, colaboré semanalmente con el diario *Perfil*, porque José Nun, un gran intelectual y mejor persona, le sugirió mi nombre a otro gran tipo, Jorge Sigal: una experiencia fantástica que solo duró tres meses, hasta que el director y propietario, Jorge Fontevecchia, lo cerró de la noche a la mañana, alegando entre otras cosas que los intelectuales colaboradores del diario escribíamos demasiado y cansábamos a los lectores. Entre 2008 y 2010, fui colaborador permanente de *Crítica de la Argentina*, gracias a una invitación audaz de Martín Caparrós: en marzo de 2010, el diario cerró –luego de un vaciamiento escandaloso– dejando a todo su plantel en la calle, sin nadie a quien cobrarle las indemnizaciones –que, justo es reconocerlo, Fontevecchia había pagado cuando cerró *Perfil*. (Mis colaboraciones con otros medios que aún sobreviven me ahorra el calificativo de “mufa”).

Crítica había sido –esta historia es conocida– un proyecto de Jorge Lanata, que lo abandonó a los pocos meses por razones no muy claras, entre el desconcierto y algunas cóleras de su redacción. Martín, originalmente el subdirector, ya se había replegado a sus contratapas semanales; en todo el desconcierto, mi columna quincenal siguió adelante, supongo que por inercia. Eso me permitió completar dos años sin interrupciones de colaboraciones; el saldo no fue, como dije, alguna

indemnización como colaborador permanente sino la memoria y muchas páginas escritas. Fue, sin duda, la mejor experiencia periodística que pude haber tenido: cada quince días, publiqué una nota de 5000 caracteres sobre lo que decidía, eligiendo entre la maraña del acontecer quincenal a partir de mis preocupaciones políticas, culturales o teóricas. Debo decirlo: parte del saldo positivo es que jamás, en dos años, recibí la menor sugerencia, presión o censura. Ni una coma, ni una mayúscula. Por supuesto que ejercí una autolimitación: cuando Lanata debutó en su olvidada revista en el teatro Maipo, invitó a toda la redacción; fui uno de los agraciados; me tenté con escribir una crónica lapidaria, que el espectáculo merecía con creces; nunca lo hice, pero por mi propia cobardía —o por la conciencia de que una cosa es la libertad de expresión y otra la imbecilidad. El respaldo minucioso y absoluto de mis editores, primero Caparrós, luego Daniel Capalbo, será siempre invaluable —en un momento en el que no faltan voces que claman contra las presuntas limitaciones a la libertad que ejercería el kirchnerismo.

Fueron dos años de juego y de apuesta: de juego con mis posibilidades como crítico y analista, de apuesta por las posibilidades de intervención en el debate público, en el mismo momento en que los intelectuales, vía Carta Abierta u otros espacios similares, parecían recuperar la voz pública —si entendemos por eso la circulación mediática, la capacidad de intervenir en la agenda y de provocar debates.

5. Aunque no se trataba de un fenómeno novedoso, sino de su reaparición o su reactualización. Basta recordar que el invento del periodismo argentino suele atribuirse a Mariano Moreno, o que el *Facundo* se publicó en un diario chileno. La participación de los intelectuales en el debate político y cultural latinoamericano es una historia largamente revisada y aquilatada. Pero tanto la división de las esferas y la autonomía del campo intelectual con la modernidad, como las transformaciones enormes de los medios —con la centralidad que la televisión adquiere desde los setenta— habían replegado esa participación, así como el peso que esas voces tenían en la circulación de los discursos sociales. Algo de eso se trata en algunos de los textos de este libro, contemporáneos tanto de la aparición de Carta Abierta como de la muerte de intelectuales claves

de la Argentina (escribo estas líneas poco después del fallecimiento de David Viñas).

La reaparición de esas voces no implica que su lugar en el debate sea el mismo que el de Sarmiento en el siglo XIX, afortunadamente: la política y la cultura se han democratizado –todavía no de un modo radical–, y la voz del intelectual ha perdido ese carácter iluminador y rector que delataban más un elitismo de clase que respeto por la palabra del sabio. Incluso, el fenómeno de la aparición de los intelectuales en los medios se viene produciendo hace tiempo, desde que, por ejemplo, el estallido de la televisión por cable multiplicó los minutos a ser llenados con especialistas y opinólogos de todo tipo. Siendo yo mismo un intelectual joven y de quinta categoría, circulé por innumerables programas de Plantas y Escritorios –el formato clásico del programa de cable armado con poca escenografía y mucha palabra. Satisficé mi narcisismo, adquirí famas efímeras entre mis vecinos, comprobé lo difícil que es decir media idea en treinta segundos sujeto a las reglas del medio –esto lo exploró Pierre Bourdieu en *Sobre la televisión* de manera concluyentemente pesimista. También aprendí que esas reglas tenían fisuras, y que alegarlas para negarse a intervenir era cómodo, pero poco eficaz. Las ideas no pueden sintetizarse en 140 caracteres –la vana ilusión del Twitter, que demuestra largamente esa imposibilidad y la reduce al insulto o a la chicana–, pero sí en 5000. Al menos, eso traté de demostrar e intento recuperar en este libro.

Tiempos que cambian: hoy Ricardo Forster es el filósofo de cabecera de 678, en horario central por la televisión pública. Analizar su funcionamiento sería objeto de otra nota, de una sociología de los intelectuales en el presente que me excede: pero valga como ejemplo de que el modo en que circulan nuestras voces en el espacio público se ha, al menos, transformado.

6. En cambio, sí puedo pensar mi propio funcionamiento, porque permite explicar este libro. La intervención mediática, la circulación periodística –principalmente en la gráfica, como la de la mayoría de estos textos, pero también la radial y la televisiva– es resultante de, como dije, juego y apuesta.

El juego consiste en desarrollar, en no más de dos páginas –aunque algunas veces, como los textos de este libro lo demuestran, pueda permitirme discusiones más distendidas y en consecuencia extensas–, un argumento, sobre una excusa noticiosa, que vincule lo cotidiano con los saberes especializados. No se trata de divulgación, aunque en parte lo sea: tampoco de *aplicación*, porque eso supone que la teoría o los conocimientos son budineras prestas a ser calzadas sobre cualquier fragmento de lo real. No: la idea es que lo que la sociología de la cultura investiga o indaga es, justamente, lo cotidiano, y que la distancia entre una y otra es solamente la distancia del análisis –ese que implica, también, someterse a uno mismo, biografía, placeres o deseos, a la misma crítica. En el medio, marcando esa distancia, la producción académica pone un lenguaje especializado y a menudo críptico; como marca de ese lenguaje, interpone el aparato crítico, un repertorio de citas que demuestra cuán letrados somos.

No quiero, con esto, renegar de ese lenguaje, que debe seguir existiendo y circulando en los medios específicos. Una ciencia es, entre otras cosas, un lenguaje, y la pretensión de que se puede hacer sociología o antropología en lenguaje cotidiano es una pretensión falaz y populista: el lenguaje cotidiano es, incluso, objeto de estudio de esas disciplinas. Los espacios académicos, en tanto especializados, tienen modos de circulación particulares: el *paper*, el congreso, la revista científica. Y, además, Roland Barthes decía (parafraseo en exceso) que entre la jerga y la chatura, era preferible la jerga. Lo que propongo es desplazar esa opción y apostar a una distinta: sencillamente, que es posible otro lenguaje si permite encontrar otro público y, al mismo tiempo, no deslizarse en el convencionalismo, el lugar común o un lenguaje que, cuando busca encontrarse con *lagente*, se transforma en banalidad.

Entonces, aquí la apuesta: que es de lenguaje porque es política. Difundir, discutir, debatir, arriesgar; poner en juego ideas y puntos de vista que pretendo más o menos novedosos; en un lenguaje que prescindiera de los ripios académicos, pero que a la vez confíe en la inteligencia del lector o lectora; que no los someta al falso paternalismo del periodismo hegemónico contemporáneo (“*lagente* nos entiende”), paternalismo que implica, simultáneamente, la supuesta estupidez del público y la indiscutible estupidez del que habla o escribe.

Los modelos son varios, son los textos de grandes intelectuales que han desplegado su escritura en medios periodísticos, como Roland Barthes o Carlos Monsiváis; es Beatriz Sarlo, es Josefina Ludmer en su último libro –un juego de intersecciones entre la teoría, la crítica, el diario, la autobiografía–, entre otros y otras. La distancia enorme que separa los textos de este libro de sus modelos es, a la vez, la confesión de mis deudas.

7. Este libro también podría llamarse “Para terminar de una vez por todas con *lagente*”. Los lectores y lectoras encontrarán que sistemáticamente la frasecita aparece *todajunta* y entrecomillada. Alguno de los textos enfatiza lo que aquí anuncio: y es que la aparición sistemática de esa categoría en el lenguaje periodístico y político solo ha contribuido a empobrecer el debate, a ocultar la complejidad de nuestras sociedades, a achatar la riqueza de sus lenguajes, a suplantar lo democrático –plural, y por tanto heterogéneo– por lo homogéneo. Este libro no va al encuentro de *lagente*: estos textos quieren dialogar con *gentes* diversas, como diversas son las voces sociales en las sociedades democráticas. Si a alguien convengo con el argumento –como creo haberlo hecho con mis alumnos y alumnas durante diez años en los que tanto nos reímos con los ejemplos patéticos del uso y abuso de la categoría en el periodismo y la política–, habremos cumplido un objetivo. En el mismo momento en que escribo esto, el inefable alcalde porteño Mauricio Macri ha afirmado, orondo, que entre *lagente* y la política elige *lagente* (que, como todos lo sabemos después de otras desafortunadas declaraciones públicas, no incluye a los inmigrantes). Así se hace política en la Argentina, y aquí una de las razones de estos textos y de su compilación en este libro.

8. Que no es, empero, una recopilación: como dije, los textos son de toda laya y procedencia, y compilarlos implicaba una costura imposible. Sometí los textos a edición, reescritura, corrección, emprolijamiento, una reestructuración que desplaza la cronología para privilegiar lo temático. La cronología, aún cuando muchos de ellos tuvieron su primera aparición sujetos a la lógica implacable del día a día o semana a semana

—el caso, la noticia, la efeméride—, está esfumada: intento que los textos discutan problemas, usando el caso como disparador, no como núcleo. Eso permite el juego de extensiones distintas: las largas páginas que una reseña sobre dos libros permite dedicar al peronismo pueden yuxtaponerse con dos páginas concentradas en la figura de Eva Perón. Las partes del libro quieren proponer ese armado. La primera se ocupa de tópicos variados de la cultura popular y de masas: en el cine, en la televisión, en la música. La segunda trata temas deportivos —quince años de trabajo intensivo en los pliegues de las culturas deportivas me persiguen—, con cierto foco en los fenómenos de violencia y en la figura de Maradona, otro fantasma omnipresente. La tercera está dedicada a discutir el tratamiento de los fenómenos de inseguridad, que entiendo un lugar clave donde se debate el futuro de las libertades públicas y democráticas de nuestras sociedades. La cuarta, finalmente, se centra en el peronismo, los medios y los intelectuales, contra el telón de fondo de las discusiones entre el kirchnerismo y los grandes medios de comunicación, así como el recordado conflicto con los productores agrarios en 2008. El libro pretende, en suma, articular todos estos temas en una mirada sobre la cultura y la política en la Argentina contemporánea.

Una mirada sobre la cultura y la política: y por eso la recurrencia del peronismo, el populismo, el plebeyismo. Porque son las marcas de nuestras épocas locales, o al menos aquello que mis obsesiones de estos tiempos entienden como marcas de época, y por eso, reaparecen a lo largo de los textos, incluso, por fuera de su sección específica. Cuánto contribuyan estos trabajos a enriquecer el debate necesario sobre esos tiempos es mi incerteza; y nuevamente, mi apuesta.

Buenos Aires, marzo de 2011

Este libro quiere ser una experiencia de lenguajes: fue tomando forma a medida que sus fragmentos se escribían, tratando de cubrir un mapa de preocupaciones, de intereses y de discusiones. En medio de los debates sobre el rol de los medios de comunicación en la Argentina, de la participación de los intelectuales en la discusión pública, de las nuevas formas que ha tomado el peronismo —a esta altura, un dato ineludible de la política, la cultura y la vida cotidiana argentina—, estos textos fueron pensados como una forma de intervención en esas discusiones. Una intervención de masas, aunque masas signifique aquí —¿solamente?— los públicos alcanzados por la prensa gráfica. Entre el peronismo y la cultura de masas, pasando por los intelectuales, el cine, la música popular, el *tinellismo*, la violencia urbana, el deporte; es decir, los temas que han sido objeto del trabajo del autor en veinticinco años de desempeño como investigador *académico*. Pero estructurados por esa elección de públicos: un libro sin aparato crítico, sin notas al pie —o muy pocas—, donde el acento está puesto en los argumentos antes que en la regulación científica. Un libro donde se discuten temas fuertes de la cultura argentina contemporánea a la vez que se reflexiona, en el mismo movimiento de su escritura, sobre los modos de participación de los académicos en la escena pública y mediática.

 prometeo
libros

www.prometeolibros.com

